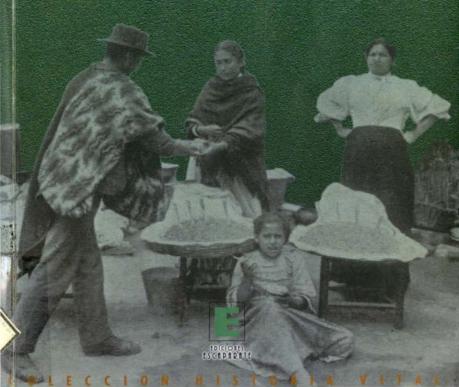


La Construcción de Identidades de Género en la Sociedad Popular Chilena 1880 - 1930

Alejandra Brito Peña



Si las mujeres populares transitaron desde los espacios rurales al arranchamiento suburbano, los varones populares se desplazaron entre ambos espacios sin que ello significara un conflicto, ni tampoco se plantearon, al menos por mucho tiempo, la opción definitiva por alguno de ellos. Entonces, más que presentárseles como opciones posibles se convirtieron en tránsitos permanentes en la búsqueda y el fortalecimiento de una identidad peonal, que valoraba enormemente su capacidad de moverse, en tanto representaba espacios de autonomía e independencia que eran considerados elementos importantes de defender en la conformación de una identidad masculina peonal.

Reconstruir la historia de los hombres, tratando de entender su devenir histórico desde su condición genérica constituye un desafío en las nuevas producciones historiográficas. Desafío que se centra fundamentalmente en la necesidad de releer lo escrito incorporando explícitamente la dimensión genérica. Las descripciones del mundo popular desde los siglos coloniales en adelante se plantearon en claves aparentemente neutras sexualmente, pero donde el actor principal era el varón. De allí que nuestra intención a continuación es simplemente releer estas producciones explicitando su condición genérica.

Tal cual lo ha descrito Gabriel Salazar<sup>59</sup>, el análisis del mundo popular requiere reconocer los distintos espacios de los sujetos, como así mismo los distintos proyectos productivos y de desarrollo vital que fueron creando. No fue lo mismo ser labrador, inquilino, peón o proletario. Las experiencias históricas de cada uno de los sujetos en dichos marcos socio-económicos fueron distintas, conformando en cada espacio prácticas conducentes a la creación de una identidad masculina popular, que

Gabriel Salazar, Labradores, Peones v Proletarios...

tiene ciertos elementos definitorios específicos dependiendo del campo de acción, pero que tienen a su vez ciertos referentes comunes o espacios de acción que son reconocidos como válidos por todos y que permiten ver la formación de una identidad popular masculina de base general.

Los desplazamientos continuos y el levantar distintos proyectos de vida recorren la vida de los varones. El ser y el hacerse hombre tenía directa relación con las experiencias que se fueran forjando, siendo las más visibles la del peón, la del roto alzado, la de los vagamundos mal entretenidos. Sin embargo, es necesario revisar las distintas experiencias de vida para reconocer históricamente el camino a hacerse hombre. Como experiencia inicial, ya planteábamos anteriormente, que la identidad masculina latinoamericana está marcada por la ausencia ya sea física y/o afectiva de la imagen paterna, por lo tanto, era difícil la proyección a partir de una imagen prácticamente inexistente. Aunque existió en ciertos momentos históricos y en ciertos espacios sociales la posibilidad de reconocer la figura paterna, la que en todo caso no pasó a convertirse en un proyecto a imitar, ya que la imagen de padre del mundo popular estuvo marcada por la dependencia servil a los patrones -como lo fue la experiencia de los inquilinos- o por el fracaso del proyecto independiente como lo fue el caso de los labradores independientes.

Ser hombre-inquilino representó una opción en un determinado momento histórico que significó el asentamiento permanente en terrenos cedidos a cambio del pago de un arriendo que en la práctica fue pagado con trabajo para el patrón-hacendado. Se instalaron en los bordes de las haciendas y allí levantaron sus ranchos, formaron familias y criaron sus hijos/as. Así los describe Gabriel Salazar "... trabaja laboriosamente, de sol a sol, de año en año, para nosotros. Pero mírenlo allá, cerca de las pircas, junto al patrón -que cabalga a su lado como una especie de gigante -: ¿no va

sonriente, servicial, presto extrovertido? Y véanlo ahora aquí, dentro del rancho, doblado sobre la mesa: ;no está iracundo, huraño, autoritario? Allá no es más que un peón sumiso, a pesar de su categoría de "inquilino"; aquí, entre nosotros, un capataz de segunda categoría, autoritario pese a su fama de 'padre de familia'. Pero hay más. ;no les ha hervido la sangre cuando él deja a los patrones entrar a nuestro rancho, que no viene a otra cosa sino a divertirse a costa de la mamá, o las tías, o las hermanas de uno? Claro él sabe perfectamente que no puede impedir que ellos ejerzan su derecho a meterse a nuestro rancho y "chacotearse con las niñas", pues, después de todo, junto con nuestra casa, nuestra familia también es como propiedad de ellos"60. La reconstrucción histórica, así como la novela histórica han intentado recoger la experiencia inquilina y en ambas se coincide en que ser hombre inquilino traía consigo una forma de identificación masculina lejana de la imagen casi heroica que podía representar el peón, lanzado al camino en busca de su propio destino, y más bien representó una imagen de subordinación que hacía que los hijos optaran por transformarse en peones más que seguir el camino de su padre y se lanzaban en busca de mejores opciones de vida, dejando atrás el convertirse en un peón sin salario y sin libertad dentro de las haciendas donde su familia era inquilina.

La experiencia como trabajador independiente, con carácter empresarial, ya fuese como labrador, artesano o minero, permitió constituir familias, donde los trabajos eran vistos como familiares y no salariales, en la idea de que el futuro podía ser mejor, "Un papá empresario, dueño de su propio proyecto de trabajo, gestor de un incipiente proceso de acumulación, conductor de familia propia. En este caso, era distinto trabajar sin salario para él, porque era como trabajar para nosotros mismos. Así que los problemas que encontrábamos en el trabajo productivo los resolvíamos

Gabriel Salazar, "Ser niño huacho...", p. 59.

colectivamente. Más aún festivamente... Fue el tiempo de la infancia feliz. Fue la época en que papá brillaba en torno nuestro, como el sol (...) En algún momento, sin embargo -¿bajo qué nebulosidad de infancia comenzó a desencadenarse 'eso'?-, papá se fue poniendo opaco, y mamá triste. Las cosas comenzaron a marchar como con dificultad. De repente, como que no marchaban y sentimos hambre. Comenzaron a desaparecer las cosas que nos enorgullecían, e incluso las herramientas de trabajo... "61 . Los proyectos autónomos se diluyeron ante las ventas en verde de las cosechas, los préstamos, la expulsión de los rancheríos, las destrucciones de las fraguas, etc. 62 . Los padres-empresarios debieron lanzarse al camino a andar al monte.

Ante el fracaso de esta experiencia histórica con un marcado sello independiente, tampoco pudieron constituirse en modelos de identificación masculina permanente, y al igual que los inquilinos debieron usar el único recurso posible: convertirse en peones en constante movimiento. El peonaje, representante histórico del mestizo, surgido marginalmente en la sociedad colonial, transformado histórica y simbólicamente en el 'huacho', fue la única fuente de identificación masculina posible, estable y permanente, siendo la erradicación de este modelo de conducta masculina uno de los mayores tropiezos en la consolidación de un proceso de proletarización, convirtiéndose en una tarea siempre pendiente: educar, domesticar y disciplinar a este peón.

¿Quién era o qué significaba ser peón? La pregunta debe responderse explicitando desde donde nos situamos a mirar. Para las autoridades coloniales y del siglo XIX no era más que un vagamundo mal entretenido, o un roto alzado sin Dios ni Ley. Para el mundo popular constituye casi la única posibilidad de identificación masculina, cuya característica central era la liber-

fdem p. 61.

Mayor información sobre el aborto de las experiencias empresariales de los sectores populares en Gabriel Salazar, "Empresariado popular..."

tad de movimiento y la defensa de su autonomía, la cual se basaba en un sentimiento de ser dueños de su propio camino. Salazar define al peón del siglo XIX como "... el heredero directo del antiguo "vagabundo" colonial. Como éste, carecía de tierras, no comandaba familia propia, y no esperaba mucho del trabajo asalariado. Pero en otros sentidos era diferente. Pues mientras el vagabundo colonial provenía de los más diversos orígenes,..., el 'nuevo vagabundo' del siglo XIX provenía, salvo excepciones, de un mismo canal de desecho social: la crisis del campesinado criollo... Los 'nuevos vagabundos' del siglo XIX eran, en cambio, hijos de labradores escapando de la residencia campesina en la tierra. Como tales, no sentían un hambre particular de tierras, ni portaban en sí un proyecto colonizador. Por su situación, querían algo mucho más vago: buscar fortuna personal en los caminos, en los golpes de suerte o, más vago aún, en el hipotético ahorro de los salarios peonales"63.

La definición presentada por M. Angélica Illanes, refiriéndose a los peones mineros del Norte Chico, rescata también la herencia colonial, al tratar de explicar la constante deserción laboral, considera que ésta "...había encontrado buen asidero en esa mentalidad colonial marginal de libre trashumancia, que sabe de atajos en el camino, de alegría sin tiempo en las chinganas, de vida sin rumbo, recolectora de animales de potrero y de minerales sueltos; mentalidad propia del hombre sin patrón que, a pesar de los serios intentos hechos por domesticarlo en los minerales durante los últimos siglos de la Colonia, desató las ataduras fácilmente y se largó a los cerros" 64.

¿Qué caracterizaba a un peón? Existieron una serie de prácticas sociales que definieron la condición peonal masculina. Uno de ellos fue la trashumancia, es decir, el fenómeno de desplazamiento que los hacía moverse continuamente de un lugar

G. Salazar, <u>Labradores, Peones...</u>, p. 149.

a otro, reforzado por un fuerte sentimiento de autonomía que constituía el sustrato base de la identidad peonal, la "... búsqueda de independencia aparece como una de las características más relevantes presentadas por este conglomerado social. Ello se tradujo en la búsqueda de libertad personal, como expresión de vida, y de una independencia más concreta en la forma en que realizaba su trabajo"65. En este aspecto existen dos elementos centrales, que definen los sentimientos de libertad peonal masculina. Por un lado, la independencia en el espacio laboral y por otro, las experiencias de la vida cotidiana.

La independencia laboral se basó en el ejercicio de una multiplicidad de oficios que los ponía en una disposición constante de enfrentar cualquier trabajo que se requiriera, y por lo tanto, más que la carencia de oficio, que era el sentimiento de las élites frente al peón y que los llevaba a clasificarlos en los datos censales simplemente como "peón-gañan". Como dice Salazar: "El peonaje no estaba definido por la ausencia de 'oficio', sino más bien por la suma de todos los oficios forzados o salariales no-campesinos pero pre-proletarios"66. Esto significaba que el peón decimonónico tenía una experiencia histórica que demandaba "... flexibilidad y disposición a acometer 'cualquier' trabajo, imaginación para crear tecnología 'en el terreno' mismo, actividad laboral comunitaria y, sobre todo, resistencia sico-física a la fatiga"67. Esta capacidad de realizar cualquier tipo de trabajo era una situación reconocida por los mismos peones, lo cual los llevaba a no sentirse atados a ninguna faena laboral específica, de

Ídem, p. 150.

Hernán Venegas, "De peón a proletario. La minería de la plata y el primer ensayo de la proletarización. Atacama a mediados del siglo XIX". En Julio Pinto (ed.) Episodios de Historia Minera. Estudios de Historia Social y Económica de la Minería Chilena, siglos XVIII - XIX. Editorial Universidad de Santiago, Santiago, 1997, p. 261.

Gabriel Salazar, Labradores..., p. 154. 67

allí que la posibilidad de abandonar las faenas y trasladarse a los lugares de origen, en su mayoría campesinos, era una constante, que ponía en duros tropiezos cualquier intento de disciplinarlos. Esta relación laboral basada en el no compromiso estable, se manifestaba también en constantes focos de rebeldía frente a la imposición de un modelo de relaciones laborales diferentes, como lo fue el difícil camino hacia la proletarización. Desde el punto de vista laboral la rebeldía se expresaba a través del robo de metales la exigencia de adelantos salariales, lo cual se sustentaba en la necesidad de mano de obra, que a su vez significaba para el peón mayor libertad, en tanto le permitía manejar directamente su fuerza laboral, como un capital social propio, de allí que "... los trabajadores gozaron de relativa libertad laboral y existencial, pudiendo también reapropiarse de una parte de la plusvalía de su trabajo y así sobrevivir y justificar el trabajo infernal a que se veían sometidos "68. Cuando fueron constreñidos sus espacios de movimientos, la reacción peonal se hizo sentir con fuerza y no exenta de cuotas de violencia intensa.

La independencia en las experiencias de vida cotidiana estaba dada principalmente por el hecho de no establecer relaciones familiares, que lo ataran a un espacio socio-laboral determinado. La convivencia cotidiana se hacía preferentemente entre varones, lo cual fortalecía los signos de masculinidad peonal, que tenían su sostén en el uso de la fuerza, el consumo de alcohol, la 'compra' de placer sexual<sup>69</sup>, la violencia en la resolución de conflictos, lo cual los ponía en el límite siempre frágil de pasar de peón a delincuente. Los espacios de entretenimientos y sociabilidad peonal estaban claramente

M. Angélica Illanes, "Azote ...", p. 112.

Cuando hablamos de compra del placer sexual, no necesariamente implica una prostitución de carácter formal y comercial, sino más bien relaciones de género basada en compensaciones económicas de distinta índole, ya sea el pago con dinero y/o en mercaderías, en regalos, etc.

localizados en las placillas de los centros mineros que se transformaron en un espacio "... donde se cristalizaba la liberación del peonaje; "refugio obrero" que le permitía al peón una interrelación de grupo y clase independiente del mineral y confrontada con él "70. En las ciudades los ranchos de las mujeres, transformados en chinganas permanentes, fueron el principal centro de sociabilidad masculina. Estos espacios eran lugares de refugio y de encuentro, donde una masa peonal flotante hacía una pausa, permitiéndole reconocer y reconocerse en los otros, contar y escuchar aventuras heroicas, planear lícita o ilícitamente futuras sociedades, reencontrarse con mujeres e hijos/as, es decir construir y vivir en un marco social popular que los definía.

Los lugares de sociabilidad popular fueron considerados siempre por las autoridades dominantes un peligro social y sus ojos estuvieron siempre puestos en ellos. Para los empresarios mineros del Norte Chico eran un "... infierno de tentaciones, de disipación, ocio, embriaguez, juego y ratería", convirtiendo a las placillas en el centro de sus ataques, por considerarlos un elemento que ponía freno a sus intentos de disciplinamiento. Cuando ya las medidas coercitivas de carácter laboral demostraron ser ineficaces la sociabilidad popular se ataca "... en su espacio propio, en su vida libre y su consumo" 71.

Los ranchos fueron constantemente atacados por las autoridades civiles y eclesiásticas, consecuencia de ello las mujeres fueron encarceladas, acusadas de ser aposentadoras de vagos y delincuentes, de ejercer comercio sexual ilícito, por lo cual se les quitaban sus hijos/as, les imponían multas, las desterraban y las intentaban moralizar, depositándolas en casas de respeto para que sirvieran por alojamiento y comida, para que en un ambiente moralizador enmendaran el rumbo de su vida. Para los hombres era más fácil escabullirse de la persecución moral, porque la puerta

Ibidem.

M. Angélica Illanes, "Azote...", p. 115.

estaba siempre abierta y ante una crisis de cualquier naturaleza éstos se iban, se lanzaba al camino buscando trabajo y refugio en otras placillas, o en otros ranchos...

## 3.3.- LAS FORMAS DE RELACIÓN ENTRE HOMBRES Y MUJERES

El tratar de entender cómo se configuraban las relaciones de género en el contexto de la sociedad popular decimonónica, nos obliga a alejarnos de cualquier marco conceptual tradicional que defina las relaciones entre hombres y mujeres. La imagen de familia, como la existente en los grupos más tradicionales ya sea las élites o las situaciones más amplias al interior de la haciendas, se escapan a las formas de relacionarse en el mundo peonal. Dos elementos me parecen claves en la reconstrucción histórica: por un lado, la no existencia de una estructura socio-económica que facilitara las uniones permanentes entre hombres y mujeres en la conformación de proyectos familiares exitosos; y por otro, una experiencia cotidiana marcada por la autonomía en ambos sujetos, lo cual impedía un proyecto que los atara a un espacio o a una persona.

Ya hemos visto que fue posible la configuración de familias en el mundo inquilinal, bajo un claro sello de servidumbre y dominación, también hubo el intento de conformación familiar en el proceso de campesinización de los labradores. Lo más probable es que en las ciudades, muchas personas hubieran podido consolidar un proyecto familiar estable, quizás con los proyectos empresariales populares. Sin embargo, lo que la investigación historiográfica ha demostrado en los últimos años es que en el mundo peonal los condicionantes estructurales impedían uniones más estables entre hombres y mujeres. Los hombres debían continuamente moverse en

búsqueda de trabajo y eso los obligaba a trasladarse a distintos lugares, estableciendo de esa manera relaciones con las personas que iban conociendo en sus recorridos. Esto no significa, sin embargo, que no establecieran relaciones por períodos de mayor duración con ninguna mujer. Por ejemplo, en las zonas mineras las relaciones se hacían en las placillas, ya fuese en bodegones o pulperías, éstas últimas eran administradas en su mayoría por mujeres y allí los "...peones solían amancebarse con una u otra de ellas, en una relación flexible que podía durar años... no se desarrolló en las placillas ningún tipo convencional de prostitución. No existían allí los burdeles que, en cambio, aparecieron en los puertos y en los pueblos de la zona salitrera. A cambio de ello, se desarrolló un sistema liberal de amancebamientos transitorios, que llegaban a caracterizarse más por sus momentos de diversión pública (los hombres estaban de asueto) que por los de vida hogareña. Dada su situación global, los peones desarrollaban sus relaciones de pareja más en la pulpería que en el rancho, por lo que las autoridades tendían a definirlas más por los "escándalos públicos" que surgían de las diversiones pulperas que por la vida íntima de las parejas en sus ranchos"72

Las relaciones de pareja, tal como las expone Salazar, se configuraban en un marco de flexibilidad y de libertad para las partes en cuestión; se trató de formas distintas de construir lazos de afectos, que no necesariamente pueden entenderse como transacciones sexuales, sino más bien formas de convivencia, marcadas por las condicionantes estructurales y las mentalidades de los sujetos que ven en ese tipo de relaciones de pareja, flexibles y autónomas, las formas de reconocerse y de consolidar su propia construcción identitaria.

Para los hombres no era posible la autodefinición al interior de las relaciones de pareja y/o familiares; es por ello que

Gabriel Salazar, <u>Labradores...</u>, p. 206 - 207.

lo que se fortaleció fue la camaradería masculina, que reconocía lazos de identificación entre peones, lo cual permite afirmar-tal como lo señalábamos anteriormente- que la identidad masculina no tiene como referente simbólico la imagen paterna, es decir, de un varón adulto; sino más bien la identificación masculina se construye con otros hombres jóvenes, los compadres, cuya imagen aparece continuamente en toda la literatura que narra la cotidianeidad de los sujetos populares. De allí, además, que el disciplinamiento masculino constituyó un proceso tan complejo, ya que el fortalecimiento de redes masculinas ponía la desproletarización como una opción siempre al alcance de la mano, que no se hacía solo, sino en grupos, como lo expresa Julio Pinto "La conducta turbulenta de los peones carrilanos era motivo de temores tanto para las autoridades como para las comunidades en cuyas inmediaciones se instalaban, y al menos una vez al año era habitual que desertaran en masa de las faenas para retornar a sus campos ancestrales y emplearse en la temporada de cosecha"73.

Bajo esta forma de construir la identidad peonal masculina, la conformación de proyectos familiares se hacía casi imposible. A lo cual hay que agregar que la identidad femenina peonal tampoco se constituyó en lazos de dependencia de pareja, en realidad las mujeres también construyeron un espacio de autonomía, pasando a ser un pilar fundamental de su identidad, ya que se reconocen en tanto mujeres, que a diferencia de los varones sí constituyen familias, pero éstas son con sus hijos/as, no con maridos o con compañeros estables, por lo tanto, si bien la maternidad juega un lugar importante en su definición, su condición de madres les permite la autodefinición también como mujeres independientes, dueñas de su propio destino y es por ello -como veíamos anteriormente- que las mujeres utilizan su

Julio Pinto, "Cortar raíces...", p. 67.

condición de mujeres solas *cargadas* de hijos/as, para construirse un lugar de autodefinición femenina, basada en su capacidad para sustentar proyectos de subsistencia autónomos y sin el control o la tutela directa de un hombre.

Hombres y mujeres populares decimonónicos construyen su identidad social y de género en el marco de las particulares formas que adquiere el desarrollo social y económico de nuestro país. Las formas de ser y de hacer de hombres y mujeres no estuvieron, por lo tanto, ausentes de dichos procesos, más bien se configuran en una compleja red de relaciones sociales y económicas, a partir de la cual se fortalecen, consolidan o transforman prácticas sociales determinadas desde lo cotidiano, pero que se convierten en el sustrato de base para entender cómo se configura la sociedad popular que deseamos reconstruir.

Si afirmamos que las identidades de los sujetos populares que estudiamos se construyen en una estrecha relación con los modelos socio-económicos que se establecen, como así mismo de las prácticas sociales que se configuran en los marcos dados, eso implica enfatizar que hombres y mujeres populares consolidan lazos sociales y por lo tanto, referentes de acción y de identificación hacia adentro de la sociedad popular. En la medida que no fueron incluidos plenamente en los procesos de desarrollo y se mantuvieron en muchos aspectos al margen de las estructuras sociales, se construye una identidad que no contempla una imagen de identificación en los otros grupos sociales. Estos, además, no tienen la intención de construir un modelo de sociedad que incorpore de manera integral a los sujetos populares, sino tan sólo a través del uso de su fuerza de trabajo, base para los procesos de acumulación capitalista.

## INDICE A SEMESTER OF THE SEMES

Presentación	миоопти 9
Introducción	mort and 13
Capítulo Primero	
APROXIMACIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL	notabom and 19
1 Concepto de Identidad	21
2 El concepto de Género en el análisis históric	26
3 Algunas consideraciones históricas en torno	
a la constitución de identidades de género	
en América Latina	33
Capítulo Segundo	
La Construcción Histórica de Formas de	
SOCIABILIDAD POPULAR EN EL SIGLO XIX	37
1 Algunos antecedentes socio-económicos	39
2 El difícil camino de la proletarización	44
3 La construcción de identidades de género en	
la sociedad popular chilena del siglo XIX:	
una experiencia desde lo cotidiano	50
3.1 El ser y el hacer de las mujeres	51
3.2 El ser y el hacer de los varones	61
3.3 Las formas de relación entre hombres y mu	jeres 69
Capítulo Tercero	
LAS BASES MATERIALES Y DISCURSIVAS EN	Co.
TORNO A LA CUESTIÓN SOCIAL	73
1 Los conventillos: la evidencia de la crisis	77
2 Los discursos en torno a la cuestión social	86

227 6 11 11 11	
2.2 Los efectos sociales de la crisis	93
2.3 Las respuestas de las élites frente a la crisis	99
Capítulo Cuarto	
De Mujer Independiente a Madre - De Peón	
A PADRE PROVEEDOR. LOS CAMINOS QUE	
CONDUCEN A LA FORMACIÓN DE FAMILIAS OBRERAS	107
CI Test para oracida de la companya	
1 Los modelos tradicionales de familia	100
	109
1.1 El modelo tradicional de familia	109
1.2 La familia popular:	
la constatación de una práctica social	113
2 La familia obrera:	
una construcción discursiva de roles de género	119
2.1 De mujer independiente a madre	119
	134
Conclusiones	147
Fuentes y Bibliografía	159